

De redención futura.  
Y entonces cuando llegue  
Para su suelo la estación propicia  
Del trabajo que cura y regenera,  
Y brille al fin el sol de la justicia  
Tras largos días de vergüenza y lloro,  
El rojo manto que á su espalda flota  
Las mieses bordarán con flores de oro.

¡Bolivia, la heredera del gigante  
Nacido al pie del Ávila, su genio  
Inquieto y su valor constante  
Tiene para las luchas de la vida;  
Sueña en batallas hoy, pero no importa;  
Sueña también en anchos horizontes  
En que en vez de cureñas y cañones  
Sienta rodar la audaz locomotora  
Cortando valles y escalando montes!  
¡Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,  
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve  
Á coigar en el techo  
Las vengadoras armas, convencido  
De que es estéril siempre la victoria  
De la fuerza brutal sobre el derecho!  
El Uruguay, que combatiendo entrega  
Su seno á las caricias del progreso;  
El Brasil, que recibe  
Del mar Atlante el estruendoso beso,  
Y á quien sólo le falta  
El ser más libre, para ser más grande;  
Y la región bendita  
¡Sublime desposada de la gloria,  
Que baña el Plata y que limita el Ande!

¡De pie para cantarla! que es la patria,  
¡La patria bendecida,  
Siempre en pos de sublimes ideales,  
El pueblo joven que arrulló en la cuna  
El rumor de los himnos inmortales!

Y que hoy llama al festín de su opulencia  
Á cuantos rinden culto  
Á la sagrada libertad, hermana  
Del arte, del progreso y de la ciencia.  
¡La patria que ensanchó sus horizontes  
Rompiendo las barreras  
Que en otrora su espíritu aterraron,  
Y á cuyo paso en los nevados montes  
Del Génesis los ecos despertaron.  
¡La patria! que olvidada  
De la civil querella, arrojó lejos  
El fratricida acero,  
Y que lleva orgullosa  
La corona de espigas en la frente,  
Menos pesada que el laurel guerrero.  
¡La patria! en ella cabe  
Cuanto de grande el pensamiento alcanza,  
En ella el sol de redención se enciende,  
Ella al encuentro del futuro avanza,  
Y su mano del Plata desbordante  
La inmensa copa á las naciones tiende.

IX.

¡Ámbito inmenso, abierto  
De la latina raza al hondo anhelo!  
El mar, el mar gigante, la montaña,  
El eterno coloquio con el cielo....  
Y más allá desierto.  
Acá, ríos que corren desbordados;  
Allí, valles que ondean  
Como ríos eternos de verdura;  
Los bosques á los bosques enlazados;  
Doquier la libertad, doquier la vida  
Palpitando en el aire, en la pradera  
Y en explosión magnífica encendida.

¡Atlántida encantada



Que Platón presintió! Promesa de oro  
Del porvenir humano.—Reservado  
Á la raza fecunda  
Cuyo seno engendró para la historia  
Los Césares del genio y de la espada,  
Aquí va á realizar lo que no pudo  
Del mundo antiguo en los escombros yertos.  
¡La más bella visión de las visiones!  
Al himno colosal de los desiertos  
La eterna comunión de las naciones.

### PROMETEO.

#### I.

Sobre negros corceles de granito  
Á cuyo paso ensordeció la tierra,  
Hollando montes, revolviendo mares,  
Al viento el rojo pabellón de guerra  
Teñido con la luz de cien volcanes,  
Fueron en horas de soberbia loca,  
Á escalar el Olimpo los Titanes.

Ya tocaban la cumbre inaccesible  
Dispersando nublados y aquilones,  
Ya heridos de pavor los astros mismos  
En confusión horrible,  
Como yertas pavesas descendían  
De abismos en abismos;  
Y el tiempo que dormía  
En los senos del bátratro profundo,  
Se despertó creyendo que llegaba  
La hora final del mundo.

El cielo estaba mudo;  
Y la turba frenética avanzaba  
Con ronca vocería,

Como avanza rugiendo la marea  
En la playa sombría,  
Cuando Jove asomó: vibró en su mano  
El rayo de las cóleras sangrientas,  
Rugió en su voz el trueno del estrago  
Y encadenó á su carro las tormentas.

Temblaron los jinetes  
En los negros corceles de granito;  
Redoblaron su saña  
Arrojando á los pórticos del cielo  
Con insultante grito  
Pedazos de montaña,  
Y volcaron los mares  
Para apagar en la soberbia cumbre  
Los rojos luminares.

Pero Jove, iracundo,  
Blandió sobre sus frentes altaneras  
El hacha del relámpago que hiere  
Como á una vieja selva las esferas:  
Á su golpe profundo,  
Vacilaron montañas y titanes;  
Y bajó el torbellino,  
Heraldo de su gloria,  
Con la negra cimera de huracanes,  
Á anunciar á los mundos la victoria.

Rodó la turba impía  
En espantoso vértigo á la tierra;  
No volverá á flamear en las alturas  
Su pabellón de guerra  
Teñido con la luz de cien volcanes.  
Cayeron los titanes,  
Del abismo en las lóbregas entrañas;  
Y Jove, vengativo,  
Convirtió los corceles de granito  
En salvajes é inmóviles montañas.



II.

El Cáucaso, caballo de batalla  
De algún titán caído  
Al golpe del relámpago sangriento,  
Se destaca sombrío  
Con el cuello estirado, cual si fuera  
Á beber en el cauce turbulento  
Del piélago bravío.

Sobre la negra espalda,  
Y entre el espeso matorral de rocas,  
Que fueron la melena sudorienta  
Donde cuelgan las nubes vagabundas  
Sus desgarradas tocas  
Y en la noche descende  
Á dormir fatigada la tormenta,  
Tendido está el gigante,  
Que amarraron los cíclopes soberbios  
Tras larga lucha fiera  
Con templadas cadenas de diamante:  
Aun su pecho jadea  
Como cráter hirviente;  
Y cada vez que se retuerce inquieto,  
El sol vela su frente,  
Y la vieja montaña bambolea.

Hogueras son sus ojos,  
Rojas hogueras que atizó el encono,  
Antorchas funerarias de la noche  
De su eterno abandono.  
Y no es un grito humano  
Lo que exhala su pecho—  
Que no tiene el dolor tan rudas notas;—  
Es el estruendo del volcán que estalla,  
El grito del torrente en la espesura,  
Choque de aceros y corazas rotas  
En el fragor de la feroz batalla.

Sólo el Ponto responde á sus rugidos  
Que lanza en su desvelo,  
Y llama en su socorro con voz lúgubre  
Á las inquietas ondas del Egeo.  
Es que también él lucha;  
Lucha con lo imposible y siempre espera.  
Salvaje enamorado,  
Quiere arrastrar consigo á la ribera,  
Y la ribera sorda  
Escapa de sus brazos,  
Dejándole en la lucha misteriosa  
De su veste de juncos los pedazos.

En vano el Ponto grita  
Y se endureza embravecido y fiero.  
¡Él es también gigante encadenado!  
¡Es también prisionero!  
No romperá la valla que lo cerca,  
Ni extenderá su turbulento imperio.  
Basta una faja de menuda arena  
Para atarlo en perpetuo cautiverio.

El titán no se abate.  
¡Es que el dolor enerva á los pigmeos,  
Y á los grandes infunde nuevos bríos!  
Cada día es más bárbaro el combate  
Y más ruda su saña;  
Si afloja un eslabón de su cadena,  
Un martillo invisible lo remacha  
Sobre el yunque infernal de la montaña.

Convidados hambrientos  
Al salvaje festín de su martirio,  
Vienen los cuervos en revuelta nube;  
Verdugos turbulentos,  
Que Júpiter envía enfurecido  
Á desgarrar la entraña palpitante  
De su rival temido.



Suelta el titán los brazos  
En actitud cobarde y dolorida  
Al sentir su frenética algazara;  
¡Parece que cayera anonadado  
Bajo el horrible peso de la vida!  
¿Qué maza lo ha postrado?  
¿Qué golpe lo ha vencido en la batalla?  
¡Es que después del rayo de los dioses  
Viene á escupirle el rostro la canalla!

¡Así en la larga noche de la historia  
Bajan á escarnecer el pensamiento,  
Á apagar las centellas de su gloria  
Con asqueroso aliento,  
Odios, supersticiones, fanatismos;  
¡Y con ira villana,  
El buitre del error clava sus garras  
En la conciencia humana!

« ¡Oh Dios caduco! grita  
El titán impotente:  
Como esta negra carne que renace  
Bajo el pico voraz del cuervo inmundo,  
Renacerá fulgente  
Para alumbrar y fecundar el mundo  
La chispa redentora  
Que arrebaté á tu cielo despiadado,  
Germen de eterna aurora  
Del caos en las entrañas arraigado.

» Desata, Dios caduco,  
La turba ladradora de tus vientos;  
Sacude los andrajos de tus nubes,  
Y acuda á tus acentos  
La noche con sus sombras,  
Con montañas de espuma el Oceano;  
No apagarán la luz inextinguible  
Del pensamiento humano!

» ¿Qué importa mi martirio,  
Mi martirio de siglos, si aun atado,  
Júpiter inmortal, yo te provoco,  
Júpiter inmortal, yo te maldigo?  
¿Si el viejo Prometeo, el titán loco,  
El mártir de tu encono  
Siente tronar la ráfaga tremenda  
Que va á tumbar tu trono?

» Tres siglos no he dormido;  
Tres siglos de tormentos.  
No hay astro que no se haya estremecido  
Al sentir mis lamentos,  
Ni nube que al pasar no haya vertido  
En la copa de aromas del ambiente,  
Una gota de llanto  
Para mojar mi frente.

» Á veces he llorado,  
Y el raudal de mis lágrimas heladas  
Corrió por la ladera  
Con ruido de cascadas.  
El Araxa sombrío,  
Dragón de negras fauces,  
Que se calienta al sol en la pradera,  
Es hijo de mis lágrimas. Por eso  
Lanza gritos tan hondos,  
Y atrae cuanto se acerca á su ribera.

» De vez en cuando siento  
Sollozos de mujer á la distancia:  
Es Hesione, la mártir, que se queja  
En el fondo del valle abandonada.  
Las águilas del Cáucaso que pasan  
Á la nube bermeja,  
Que recibió en la faz ruborizada  
El ósculo del sol en el ocaso,  
Le cuentan mi martirio  
Y me traen el mensaje de su pena,



¡El mensaje ternísimo que escucho,  
Sacudiendo mi bárbara cadena!

» ¿Qué importan tus tormentos,  
Tus tormentos de siglos, Dios airado,  
Si en la lengua sonora de los vientos  
Me transmite los himnos de su alma,  
Como al través del médano abrasado  
Va el polen de la palma?  
¿Si en el trémulo seno,  
Como el rayo en los negros nubarrones,  
Lleva ella palpitando  
El feto colosal de las naciones?

» ¡Desata tus borrascas!  
¡Lanza á los aires tu bridón de llama,  
Caduco soberano,  
Y despliega en los cielos tenebrosos  
Tu sangriento oriflama!  
Será tu empeño vano;  
Soplo estéril tu aliento.  
Yo he engendrado el titán que ha de tumbarte  
De tu trono de nubes:  
¡*El titán inmortal del pensamiento!*

» Ayer, la tierra muda  
Flotaba en los abismos de la nada,  
Como una urna vacía  
Al soplo del azar abandonada,  
Y en sus hondas y frías cavidades  
Sólo el eco se oía  
Del monólogo eterno de las sombras,  
Y el rumor de las roncadas tempestades.

» Hoy, la tierra está viva: alguien habita  
El fondo de los mares;  
Germen de vida y juventud palpita  
En sus bosques de acidias y corales.  
No es el viento el que gime en la maraña

De las selvas sonoras;  
¡Ruido de alas abajo, y en el cielo  
Parece que revientan  
Semilleros de auroras!

» ¡Júpiter: aturdido con tu gloria,  
Embriagado de orgullo,  
No sientes en los senos del abismo  
Lo que siente arrobado Prometeo!  
Algo como un arrullo  
En el nido de nieblas del vacío,  
De misterioso enjambre el aleteo,  
Cual si bandas de estrellas ensayasen  
Su plumaje de luz, para lanzarse  
Á lucir en los campos del espacio  
Su espléndido atavío.

» ¡Aquella sombra muda,  
Aquel eterno esclavo peregrino,  
Que lanzaste sin rumbo  
En las negras jornadas del destino,  
Ya no va caviloso,  
Temblando del rumor de su pisada;  
Lleva la frente erguida  
De misteriosa aureola circundada!

» Hay luz y voz en ella:  
Es flor recién abierta,  
Cuya blanca y espléndida corola  
Tiene el perfume agreste de las cumbres  
Y el latir convulsivo de la ola;  
En breve de su seno  
Volarán las ideas—  
Mariposas de luz del pensamiento—  
Y asombrarán al mundo con sus alas,  
Más sonoras que el viento.

» Ellas me vengarán, Jove caduco:  
Serán mis herederas.



Yo arrojé en el cerebro de los hombres  
Semillas de volcán, germen de hogueras.  
Desata el huracán de tus furores,  
Redobla mi tormento;  
Que ya viene el titán que ha de vengarme :  
*¡ El titán inmortal del pensamiento ! »*

Dijo y calló : no ya desesperado ,  
Torva la faz, revuelta la pupila ,  
Sino grave, sereno, resignado ,  
Como quien sin vencer, sabe que es suya  
La victoria final, y no vacila.

III.

No volvió á retumbar en la montaña  
El grito del titán retando al cielo ;  
Ni temblaron las nubes, ni los astros  
Detuvieron su vuelo  
Para mirar la bárbara batalla ;  
Ni el negro Ponto amotinó sus ondas  
Crispado y convulsivo,  
Para arrancar de su prisión eterna  
Al gigante cautivo.

Reinó la soledad en la alta cumbre,  
Que habitó el huracán encadenado,  
Y descendió el Araxa gemebundo  
Con torpe pesadumbre,  
Á arrastrarse callado en la llanura,  
Como del alma en el profundo cauce  
Desatan en silencio los recuerdos  
Sus ondas de amargura.

¡ Siempre el gigante en vela !  
El cielo era la página sombría  
En que al débil fulgor de las estrellas  
Las misteriosas sílabas leía

De su destino fiero ;  
Y el errante cometa ,  
Que en la lejana cumbre aparecía,  
Su torvo y taciturno mensajero.

De vez en cuando, oía  
Como ruido levísimo de espumas  
En las inquietas algas detenidas ;  
Como el roce ligero  
De fantásticas plumas  
Que tocaban su sien calenturienta ;  
Murmullo blando de hojas  
De un árbol invisible desprendidas  
Después de la tormenta.

No eran rayos de luna,  
Ni jirones de niebla desgarrados  
Por el aire liviano:  
Era el coro armonioso  
De las gentiles hijas del Oceano,  
Que á la luz del crepúsculo salían  
De sus grutas azules,  
Y en torno del titán encadenado  
Los húmedos cabellos sacudían.

« No duermas, Prometeo »,  
Al pasar á su oído murmuraban,  
Desatando en su alma  
Las ansias infinitas del deseo.  
« ¡ No duermas, que el Olimpo se estremece  
Con inquietud extraña,  
Y truenan los abismos,  
Como truena el volcán en la montaña ! »

Prometeo velaba,  
Fijo el ojo en las lóbregas esferas  
Que como enormes olas palpitaban,  
Y atento al ruido sordo  
Que las brisas del valle le traían,



El ruido de las razas que hormigueaban  
Del Cáucaso en las negras madrigueras.

IV.

Una tarde..... ya el sol desfallecía,  
Como herido impotente,  
En los brazos oscuros  
Del enorme fantasma de Occidente,  
Cuando sintió temblar la dura roca  
En que apoyó tres siglos la cabeza,  
Y oyó en los aires algo  
Como un tropel de fieras  
Retozando del bosque en la maleza.

Inquieto y tembloroso,  
Interrogó á las nubes que rodaban  
Por el espacio mudo,  
Como gigantes témpanos de nieve  
Que desprende impaciente  
El huracán sañudo.  
Las nubes le dijeron  
Que el Olimpo crujía,  
Y que los viejos dioses expiraban  
En horrenda agonía.

Y la voz quejumbrosa  
De las gentiles hijas del Océano  
Que en su pecho vertía  
Las infinitas ansias del deseo,  
Volvió á sonar dulcísima en su oído  
Para decirle en melodioso idioma:  
«Despierta, Prometeo;  
Que en las lejanas cumbres  
Un nuevo sol asoma!»

Volvió el titán á sacudir airado  
Sus duros eslabones,

Que al esfuerzo supremo rechinaron;  
Y las rocas cayeron  
Como viejos torreones  
Por el rayo de Júpiter heridos,  
Y los cuervos hambrientos se alejaron  
Con lúgubres graznidos.

V.

¡Ya el gigante está en piel! ¡ya la montaña,  
Ara de su martirio,  
Que empapó con la sangre de su entraña  
Y aturdió en la embriaguez de su delirio;  
La montaña, testigo dolorido  
De su tremenda historia,  
Es su negro caballo de pelea:  
El pedestal soberbio de su gloria!

¿Qué ve en la inmensidad desconocida  
Que su impaciencia calma,  
Y otra vez avasalla  
Con cadenas de asombros á su alma?  
¡Ve alzarse en el confín del horizonte,  
Del espacio en los ámbitos profundos,  
Sobre la excelsa cúspide de un monte  
Que se estremece inquieta,  
Y en medio del espanto de los mundos,  
De una cruz la fantásticas silueta!

«¡Al fin puedo morir! grita el gigante  
Con sublime ademán y voz de trueno.  
¡Aquella es la bandera del combate,  
Que en el aire sereno  
Ó al soplo de pujantes tempestades  
Va á desplegar el pensamiento humano  
Teñida con la sangre de otro mártir  
—Prometeo cristiano—